

humanista español, lo que le permite establecer el grado de influencia de aquellos en el segoviano, así como la originalidad de éste último. A ello hay que unir una edición muy rigurosa de los textos latinos y vernáculos utilizados, en los que se ha intentado respetar el *usus scribendi* de los autores, así como una excelente traducción de muchos de ellos. Hay que resaltar, también, la cuidadísima edición del libro, que prácticamente carece de erratas. Nos encontramos, pues, ante un excelente estudio, fruto del trabajo que desarrolla el grupo de investigación de Valladolid, gracias al cual hoy podemos conocer mejor el humanismo médico en España.

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Trinidad ARCOS PEREIRA
tarcosp@infovia.ulpgc.es

J. PASCUAL BAREA, *Rodrigo Caro. Poesía castellana y latina e inscripciones originales*, Diputación de Sevilla, Sevilla 2000, 348 pp. ISBN: 84-7798-152-3.

Tres cosas me gustaría destacar brevemente antes de analizar la obra. La primera, la figura de Rodrigo Caro. Otra, la personalidad del Dr. Pascual Barea. La tercera, la edición conjunta de la obra latina y castellana de un autor. Empecemos por esta última.

«Las obras latinas de los humanistas no se explican sólo como un mero reflejo del mundo clásico, aun cuando sea indudable el peso del mismo. Esto es un hecho que, pese a su obviedad, los filólogos clásicos tendemos a olvidar por la falta de una preparación adecuada en unas disciplinas tan importantes como la historia moderna, historia de las literaturas vernáculos o teología de los siglos XIV al XVIII». Estas palabras de José M.^a Maestre Maestre, a las que acompaña una abundante bibliografía al respecto, en «La edición crítica de textos latinos humanísticos I» [*cf.* J. M.^a Maestre Maestre - J. Pascual Barea - L. Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al Profesor Luis Gil*, II, Cádiz 1997, 3, pp. 1062-1063], y sería conveniente añadir que no es el primero en afirmarlo, nos hacen apreciar, una vez más, no sólo la íntima relación de la poesía latina y castellana en el Humanismo, inexplicables en todo su valor por separado, sino la conveniencia de editarlas juntas si el autor objeto de nuestro trabajo ha cultivado ambas: como de hecho ya lo han llevado a cabo otros destacados investigadores. En esta misma idea, precisamente, insiste el propio Joaquín Pascual en un reciente artículo: «Bilingual cultures: the learned language and the vernacular in Renaissance Seville and ancient Rome», en Barry Taylor & Alejandro Coroleu (eds.), *Latin and Vernacular in Renaissance Spain*, Manchester Spanish and Portuguese Studies, Manchester, 1999, pp. 113-119.

Julián González considera [*cf.* su «Historiografía epigráfica andaluza (siglos xv-xvi)» en J. Beltrán y F. Gascó (eds.), *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla 1993, p.78] a Rodrigo Caro como «el principal humanista hispalense» en el sentido más genuino de la palabra. Nadie como él, ni siquiera Arias Montano, reunía, junto a cierto dominio de la lengua latina, en el que aventajaban a Caro entre otros el frexnense y Pedro Pacheco, profundos conocimientos en arqueología (si «ya había sido considerado el padre de la arqueología hispana», con su obra *Veterum deorum manes siue reliquiae* aparece «como el fundador de los estudios sobre la religión antigua en nuestro país» afirma Joaquín Pascual, p. 53),

epigrafía, filología e historia antigua. Más conocida es, en otro orden de cosas, su obra castellana, entre la que destaca, y cómo no, su *Canción a las ruinas de Itálica*.

Muchos años lleva Joaquín Pascual estudiando la escuela humanística sevillana. Ya en 1991 publicaba en *Excerpta Philologica* I.2 pp. 567-599 «Aproximación a la poesía latina del Renacimiento en Sevilla», donde trazaba un panorama general sobre «el cultivo que la poesía latina tuvo en Sevilla durante el Siglo de Oro de nuestra literatura». Aparecían allí nombres de obras y poetas, Maese Rodrigo de Santaella y Antonio Carrión (cuyas obras publicó también en 1991), Francisco Pacheco, Luis de Peraza, Franco Leardo, José de la Barrera, Arias Montano, entre otros, de los que nos ha ido ofreciendo, aquí y allí, ediciones y comentarios. Todo ello lo ha ido preparando, si es que no era éste su propósito, para la edición de la obra que comentamos: Joaquín Pascual conoce perfectamente el entorno en que escribía Rodrigo Caro; siente por él un enorme cariño y lo ha editado con especial esmero. Todo ello se nota, mejor que en nada, en sus incontables notas, notas de todo tipo, que indican y ponen de manifiesto una erudición y preparación de mucha altura.

En dos partes presenta su obra sobre Rodrigo Caro: una introducción, muy pensada, precede a la edición de los poemas e inscripciones. En la primera, tras ofrecernos las abreviaturas por las que vamos a conocer unos y otras y la bibliografía tanto de Rodrigo Caro como la utilizada en el volumen que nos ocupa, nos traza un sucinto cuadro, autores y obras, de «la poesía hispano-latina en el renacimiento hispalense» como sólo él podía hacerlo dado el ya demostrado conocimiento que de ella tiene. *Haec mea quam breuiter uita est* es el lema que encabeza «la poesía en la vida de Rodrigo Caro», capítulo que dedica a su vida y obras, insertando éstas en aquélla, al mismo tiempo que nos cuenta los avatares de su composición, el contenido de las mismas e incluso la crítica que haya podido recibir y la consideración que le merece. Estudia a continuación «los temas y géneros de la poesía de Caro»: la antigüedad, episodios biográficos, alabanza de ciudades, elogio de personas, el amor, la religión, traducciones y paráfrasis e incluso poesía burlesca, si de Caro fuera. Espiga en cada composición, ya sea latina ya castellana, estos temas, pero simultáneamente va completando en el lector, con precisos y atinados trazos, la visión de todas y cada una de las composiciones del autor de Utrera. Seis apartados abarcan sus «Criterios de edición»: Generalidades (apartado, en el que tan pormenorizadamente, a nuestro entender, desmenuza cómo ha tratado las diferentes gráficas castellanas y latinas que llega a abrumar al lector), fuentes literarias y *loca similia*, traducción y notas, principales fuentes manuscritas, principales fuentes impresas y transmisión de los poemas e inscripciones: apartados estos tres últimos que son testimonios de la profunda investigación que nuestro autor ha llevado a cabo para ofrecernos una esmeradísima, no me atrevo a decir definitiva, edición crítica de toda la obra del poeta sevillano. Según el «Índice general» (que no siempre coincide con el desarrollo del libro: «preliminares», «introducción», «edición» faltan en el volumen) tres capítulos más, denominación nuestra que no del autor, conforman la Introducción: elogios («versos en alabanza de Rodrigo Caro compuestos por algunos de sus contemporáneos», p. 112), reproducciones de algunos manuscritos y «Siglas y Abreviaturas»; pero los elogios y reproducciones rompen tipográficamente (no nos gusta tampoco que no haya separación alguna entre la introducción y la edición de los poemas) la unidad de la obra, al carecer de título las últimas y no tener el mismo tipo de letras (mayúsculas y centradas en la página) los primeros.

Extremadamente cuidada nos parece la edición de la poesía castellana y exquisita la de la latina. Digamos, antes que nada, que al comienzo de cada poema, un asterisco a

modo de nota, nos indica las páginas, tanto de la Introducción como de la edición, en las que hace el autor referencia al poema que edita: lo que proporciona una visión de conjunto, en detalles y total, de cada obra de Caro. De la *Canción a las ruinas de Itálica*, única, y son catorce, de las hispánicas que voy a considerar, nos transmite las cinco versiones que se conservan (la III, también llamada *N*, es la más conocida) «de forma que puedan cotejarse lo más fácilmente posible las diferencias textuales...pero con las indicaciones precisas para permitir también su lectura individualizada», p. 103. Un fragmento del texto del *Memorial de Utrera* la precede y 77 oportunas, interesantes y variadas notas la enriquecen. En ellas unas veces acude a otros pasajes de Caro, en algunas rastrea las fuentes clásicas de la expresión castellana, no faltan alusiones a autores renacentistas que utilizaron semejante o parecido sintagma, conecta a Caro con la tradición historiográfica castellana o con los autores de nuestro Siglo de Oro, nos explica lagunas o deficiencias de los manuscritos, etc. En definitiva nos acerca a la célebre canción ofreciéndonos de ella una lectura totalmente nueva.

Mención aparte merece la edición y traducción de los veintiún *Carmina*. Perito Joaquín Pascual en la edición crítica de textos latinos, ya ha dado suficientes muestras de ello, la que nos ocupa, además de técnica y acertada, es elegante y fina, de fácil y comprensible lectura. Precede su aparato crítico, y ello supone, a nuestro entender, una novedad, al aparato de fuentes, extenso y trabajado. «Propongo un modelo de traducción de la poesía latina renacentista, particularmente las de carácter más poético, que trate, como norma prioritaria, de ceñirse al léxico y expresión de la poesía castellana de su época» son las palabras con las que el Dr. Pascual Barea inicia su artículo «Técnicas de traducción de la poesía latina renacentista según la lengua de la literatura castellana de su tiempo» en L. Charlo Brea (ed.), *Reflexiones en torno a la traducción*, Cádiz 1994, p. 507. Fiel a su pensamiento, «al traducir he procurado tener en cuenta el léxico y expresiones del propio autor en su poemas y tratados. En muy contados casos he sacrificado la literalidad de la traducción de los poemas latinos por recoger algún artificio del original», leemos ahora en la p. 97. Traduce en prosa los versos latinos, pero su prosa es fluida y distinguida; su traducción, impecable.

Dos poemas, uno castellano y el otro latino, pertenecientes ambos al mismo género de *laus urbis*, tienen el mismo título y parecido contenido: «A Utrera *siue* Utrícula» y *Baetis urbs siue Vtrícula*, respectivamente. De la autoría del primero se ha venido dudando largo tiempo. Joaquín Pascual aprovecha su edición para, mostrando en un aparato crítico los *loca similia* tanto de su homónimo latino como de otros poemas de atribución no dudosa al poeta sevillano (más de 50 similitudines hemos contando nosotros en un poema de 140 versos), demostrar la autoría de Caro o, como dice con precaución en la p. 183, al menos su «intervención, así como de la canción en alabanza de la Virgen de Pedro de Espinosa (ESP.) que aprovechó el autor con profusión».

No sólo poemas y *carmina*. Pascual Barea edita y traduce, también de Caro, «Traducciones castellanas escogidas», «Traducciones latinas» y siete «Inscripciones». Seis son las traducciones castellanas, aunque la tercera, cuarta y quinta, son tres traducciones distintas del único epitafio de Píldes; la primera traduce el epigrama de Marcial, 5, 31 y la segunda los versos 81-85 del *Ordo urbium nobilium* de Ausonio, que Caro interpreta, y nuestro autor acepta sin anotar que algunos manuscritos ofrecen la lectura *Emerita* en vez de *Hispalis*, como «Elogio de Ausonio a Sevilla». La última es la *Inscripción de Sanlúcar la Mayor*, que enlaza con el primer *carmen* «Restitución de la inscripción de Sanlúcar la Mayor». De todas ellas, ofrece el editor el texto de Caro, el texto latino traducido y una traducción propia al texto latino. Las «Traducciones latinas» se

reducen en realidad a dos versiones latinas del proverbio castellano *A quien Dios quiso bien, en Sevilla le dio de comer*. Dos poesías de autoría incierta, la segunda un *macaronicum carmen*, completan los 55 poemas de Caro editados y traducidos.

Otras muy variadas cosas enriquecen esta obra del profesor gaditano: un curioso y original mapa de los «topónimos, vientos y estrellas del occidente de la antigua Bética citados en los poemas de Caro y en los elogios»; diecisiete ilustraciones, amén de las trece reproducciones de manuscritos utilizados, ya aludidos anteriormente; un índice de nombres propios y otro alfabético de inicios.

El volumen se engalana con dos preciosas joyas. Un prólogo de Juan Gil, en el que con autoridad y «autoridades» hace referencia a la necesidad, ya dijimos nosotros algo al principio, de contemplar también la literatura española del momento para «la comprensión total de los muchos autores que escribieron en latín» y alumbrando la posible influencia, directa o indirecta, de Plutarco (*De def. orac.* 17, 419 Bss), en los vv. 41ss de la segunda versión de la Canción a las ruinas de Itálica. Y unas *nugae* en forma de saludo al lector de José M.^a Maestre, escrito en latín, informándole haber tenido en sus manos un viejo códice de las obras de Rodrigo Caro, en el que encontró, «inter quaedam in Baetici autoris laudem epigrammata», el que, «uenustum et salsum», ofrece con ciertas claves para su interpretación.

Una obra, en resumen, de sumo interés. Por recoger la poesía, latina y vernácula, íntimamente relacionadas entre sí, de un insigne cultivador de ambas de finales del XVI-medios del XVII. Por poner expresa y continuamente de manifiesto esa íntima relación, como ya hiciera, entre otros, anteriormente, Juan Francisco Alcina. Por la destreza y finura filológica con la que ha procedido el autor en toda su obra. Por la enorme cantidad de datos y de información, fruto de sus abundantes lecturas, que ofrece en cada uno de los poemas. Por la bibliografía especializada que utiliza. Por los variados recursos de que hace gala en la exposición de sus ideas. Y hasta por las facilidades que da al lector para la comprensión total de la obra. Felicidades sinceras al autor y a la escuela que lo ha formado y pertenece.

Universidad de Cádiz

Luis CHARLO BREA
luis.charlo@uca.es

RHODA SCHNUR (Gen. Ed.), *Acta Conventus Neo-Latini Abulensis* (Proceedings of the Tenth International Congress of Neo-Latin Studies. Ávila 4-9 August 1997), Arizona Center for Medieval and Renaissance Studies, Tempe (Arizona) 2000, XX + 679 pp. ISBN 0-86698-249-3.

En su alocución inaugural, recogida en las pp. 1 a 5 de este volumen, afirma Brenda Hosington, presidente de la Asociación Internacional de Estudios Neolatinos (IANLS), que uno de los mayores motivos de alegría y de esperanza para esa Asociación son las promociones de jóvenes neo-latinistas aparecidas en los últimos tiempos. Quien firma esta reseña se considera, con toda modestia, uno de ellos, y siente una especial emoción al recordar que, cuando apenas empezaba a balbucear una de las más ilustres lenguas «neolatinas», un puñado de filólogos, con no poca dosis de idealismo, ponía en marcha un apasionante proyecto que hoy, treinta años más tarde, está absolutamente consoli-